

Los Aborígenes
Crítica del intelectual americano
Angel Rama

El cuento que obtuviera el segundo premio en un concurso de **Life en español** en 1960, sirve de introducción a la recopilación de los siete cuentos publicados desde esa fecha por Carlos Martínez Moreno (*)

Es el género en que Martínez inició su actividad literaria para luego dar paso a creaciones más ambiciosas (El paredón, 1963, y su reciente La otra mitad que, habiendo sido vetado por la censura Española se publicara en México) es hasta ahora el género al que en definitiva, ha permanecido más fiel aunque dotándolo de un par de rasgos que explican su fácil inclusión dentro de un recurso novelístico: la fijación sobre un pequeño acontecer real a cuyo fraseo y al análisis de cuyos personajes trata de plegarse empecinadamente y, como consecuencia el aspecto fragmentario que adquiere el material, que le da el aire de segmento de una historia más vasta, la de la vida misma de sus criaturas incompletas.

La selección del fragmento se hace por aquellas características reveladoras de las secretas intenciones de los personajes que mediante una acción mínima se ponen de manifiesto: el ejemplo evidente es "Tenencia alternada" y también "El careo". Ambas son historias de tribunales y, conocida lo profesión de abogado del autor, parecen proceder de experiencias concretas. Intentos más amplios de aprovechar un fragmento de la realidad son "El violoncello" y "La fortuna" de Oscar Gómez donde los datos de un presente son insertados, por la técnica del racconto o de la alternancia de tiempos, en una visión perspectivista de la vida. Estilísticamente el material es tratado con voluntariedad de precisión y con un lenguaje que si bien alude a los fastos de anteriores cuentos de Martínez, aún sigue penetrando de esa trabajosa dicción que delata el trato con los expedientes jurídicos. (La lectura del Código Penal que elogiaba Flaubert para despojar el estilo de todo lastre retórico, aquí contamina la textura del idioma de modo adventicio, y la loable capacidad de precisión que confiere es contrarrestada por una terminología, insólita en el habla común y, por lo mismo, concurren a una lengua escrita).

El afán de precisión va de consuno con el afán de claridad – ambos son aquí el mismo-, lográndose así ese aire de cosa disecada que ya parece típico de la literatura de Martínez. Como su preocupación dominante es desentrañar los móviles del comportamiento, traerles luz y, obligadamente, en esta operación intelectual, explicarlos, la consecuencia es un recortado muy nítido y a la vez muy homogéneo de las situaciones y de los personajes que los hace planos, sin profundidad desconocida, sin misterio; para usar una palabra desprestigiada, sin aura. Están frente a nosotros en una totalidad narrativa que no alcanza a fingir una totalidad vital, y por lo tanto se reducen a la anécdota que los moviliza, la que no es suficiente, por su reducido andamiaje fáctico, para enriquecer el cuento, más cuando a ello no concurren los personajes con una dosis más poderosa de riqueza concreta, viviente. Casi se diría la operación contraria de Morosoli, en quien la anécdota prácticamente no cuenta comparada con el uso de las posibilidades expresivas del personaje.

Pero ahora en algunos de estos cuentos, se percibe el esfuerzo de Martínez para tantear una complejidad mayor, si no en una invención romántica de criaturas que desde luego no quiere ni encarar, como es lógico, en una búsqueda de estructuras, donde aquella complejidad pueda traducirse en formas a narrativas. En un país tan apegado a los usos trillados del realismo, tan provinciano para la invención moderna y donde muchos de sus jóvenes escritores —de quienes podría esperarse audacia mayor— siguen cansinamente la huella de un mero realismo expositivo es importante señalar el intento, todavía no logrado, de establecer o explorar estructuras más nuevas: así en "La fortuna de Oscar Gómez" trata, tímidamente, de manejar una alternancia de tiempos a sabiendas de sus posibles —buscadas— confusiones. Creo que estos caminos no son recorridos a fondo, con originalidad; temo que respondan a una proposición intelectual ajena al tema que se elabora, es decir, que no sean formas que nazcan fatalmente de la situación narrativa, pero de cualquier modo son, por el lado de la composición estructural, intentos de alcanzar un remedo de la complejidad vital, cuyo interés y futuro deben realizarse.

Situación distinta es la de Los aborígenes, de lejos lo mejor del volumen. Aquí Martínez se expande a las dimensiones de la "nouvelle", un poco a la imagen de su anterior "El simulacro" donde el afán de precisión —que acarree de cerca la morosidad— le da la posibilidad de un más amplio rodeo explicativo de la situación. En segundo término no se queda en el esquemático develar de un comportamiento mediante la traducción de sus mecanismos secretos sino que aspira a una interpretación más detallada, psicológica, de un complejo cultural (lo que fue la diagnosis cubana es El paredón, es aquí la diagnosis boliviana. En tercer término, y mejor que en la novela citada, hay un prudente adentramiento en la complejidad del tema, resguardando incluso algunas zonas oscuras, o quizás conteniendo por simpatía, la mera crítica intelectual, para atender así a la conflictualidad del caso.

Se trata del intelectual boliviano (por qué no latinoamericano?) que ha vivido, de cerca y de lejos a la vez el proceso algo bárbaro de la revolución, que ha visto premiado su apoyo al régimen (más bien a sus dirigentes) mediante un —alto cargo diplomático que le reintegra, como elemento pasivo nada más al mundo europeo en que soñó, en que se formó mentalmente, que desee para su tierra. La escisión del intelectual respecto a su medio, debido a los distintos niveles de educación; el mantenimiento de ese alejamiento por incapacidad de actuar, por incapacidad profunda de adentramiento en la raíz nacional que sólo puede comprender pero no vivir, y la dilemática Europa-América que sobrenada el proceso histórico secular de América Latina, está aquí presente, a través de las lentes, primarias, meditaciones de quien es designado como Primitivo. Pero también está presente la inequidad ideológica de la mayoría intelectual, el pacto vergonzante con las clases que dominan, ese deslizarse por las estructuras en base a las dotes intelectivas para obtener una compensación en el campo muy concreto de las ventajas materiales. Drama original y drama de clases, hay aquí una diagnosis adecuada que sin embargo parece inclinarse, demasiado a una interpretación racial del problema —"los aborígenes"— en desmedro de una nítida interpretación social como parece desprenderse de los datos, muy probablemente realistas que maneja Martínez Moreno. Las contraposiciones —Roma y el altiplano boliviano— están logrados; la atroz decadencia del cuerpo diplomático, el exilio dorado en la dorada

capital de la cultura antigua, son mostrados con perspicacia, sin necesidad de morder demasiado el tema ya que la situación lo revela paradigmáticamente. En cambio el mundo boliviano parece obedecer a las leyes de oposición y se nos muestra, sin duda con vivacidad pero con pintura contrastada, excedida en la caricatura. Sobre todo por la lejanía en que se sitúan los elementos populares, coro indiscernible de las **principalias de caudillos y doctores.**

Algunos elementos del relato -las fiestitas subdesarrolladas- suenan en falso, con una imprevista desnudez que las torna algo ridículas, pero eso mismo es aprovechado por el autor para las críticas de sus personajes. Algunas diagnosis de la relación de marido y mujer parecen corroídas por un psicologismo esquemático. Pero estas vacilaciones no afectan una totalidad de sentido y de literatura que logra redondear uno de los grandes, hondos problemas latinoamericanos. Esta ha sido una preocupación cada vez más marcada de la narrativa de Martínez Moreno: situarse en el centro real de aquellos conflictos que mejor develar la naturaleza o la circunstancia de la civilización de nuestro continente, y aquí ha sabido encontrar una historia que toca ese centro, y si no la agota ni lo resuelva, establece con vigor y certeza las coordenadas en que se sitúa, generando un producto literario preciso, rico de sugerencias, fluyente, cuyo progresivo armado responde cabalmente a una interrogación seria sobre el hombre intelectual en estas tierras aun informes.

A. Rama

(*) Carlos Martínez Moreno: Los aborígenes, Montevideo, Alfa. **1961**